

In memoriam

Carlos Hernández Crespo

Carlos ha muerto. Para los que ya somos antiguos como Registradores no haría falta decir más; pero hoy en nuestra carrera predominan los jóvenes y quizá algunos no lo han conocido o no lo han conocido suficientemente; de aquí estas líneas.

Carlos fue el gran reformador que necesitábamos los Registradores. Un hombre de una visión política, científica y humana poco comunes. Su amor por el Cuerpo era tan grande que fue el que primero se dio cuenta de que teníamos que emprender, desde dentro, una reforma en profundidad. Y, como él era así, creó aquel lema que ha sido el «leit motiv» de los Registradores en los últimos diez o doce años; «Un Registro abierto a la sociedad». Dándose cuenta de ello, «embarcó» al Cuerpo en la Asamblea de Barcelona, ante la sonrisa escéptica de los «tradicionales». Si hubiera fracasado en aquel empeño, algunos hubieran dicho que se lo esperaban. Pero no fue así. El Cuerpo le siguió con práctica unanimidad porque predicaba lo que hacía, lo que era justo, y porque, sin decirlo, vio en él la «madera» de un líder.

Y es que lo era, aunque a primera vista pudiera parecer lo contrario. Ha sido una de esas personas que, en principio, resultaban indiferentes físicamente, pero que, en el momento en que se empezaba a escucharle, se daba uno cuenta de su enorme sabiduría, su humanidad y su contagiosa hombría de bien.

Querer describir las virtudes de Carlos es inútil y, además, arriesgado, porque, al final de todo artículo, el lector se encontrará con que podrían escribirse muchas más aludiendo a las múltiples facetas de la personalidad de Carlos.

Al decir esto, podría el lector pensar que Carlos era un hombre complicado; nada más lejos de la realidad. Si hay una definición para Carlos, ésta debería ser: un sabio sencillo. Su sabiduría era impresionante. Los

primeros compañeros que tuvieron contacto con él cuentan cómo le llamaban frecuentemente para que les diera noticia de aquella Sentencia o aquella Resolución que solucionaba su problema. Pero es que, además, respondía con un «mírate a ver si...» que solucionaba la cuestión sin aparecer él como causa de la solución.

Carlos comprendía todo, comprendía muy deprisa y tenía una lucidez mental que impresionaba porque añadía a su cualidad de gran jurista un realismo apabullante. Cuando en una persona se unen sabiduría, realismo y bondad, es imposible de describir; por ello estas líneas no son sino simples retazos de lo que ha sido su personalidad.

Sabía perfectamente que el Registrador tiene que ser ante todo un jurista y un jurista práctico. Fue, con otros compañeros, fundador de los seminarios, porque se dio cuenta de que la actualización continua de los conocimientos era básica para nosotros. Y allí se lanzó a crear este instrumento que tantos beneficios ha causado a nuestro Cuerpo; viajó, fue de aquí para allá, pero salieron adelante los seminarios.

Se caracterizaba, además, por su humildad. Siendo un hombre extraordinariamente perspicaz, tenía la humildad de reírse de sí mismo. Muchas veces le vi, cuando alguien decía que sabía varios idiomas, contestar: «Yo sólo conozco el zamorano».

Su amor al Registro era paradigmático. Carlos supo explicar en todas las instancias el Registro como instrumento básico en el servicio a la seguridad jurídica. Y, dada su sabiduría, fue comprendido por sus interlocutores. Recuerdo a este respecto el comentario de un Ministro de Justicia que era muy prestigioso y lo sigue siendo: ¡Qué tío más listo!

Su sentido del humor era encantador. Como empezaba por reírse de sí mismo —¡qué gran sabiduría!— aplicaba el mismo criterio a todos los problemas; recuerdo la anécdota contada por él cuando fueron él y otro ilustre compañero —tampoco muy alto— a un Congreso, y Carlos comentó: «nosotros debíamos ser representantes de los Países Bajos».

Le gustaba mucho el fútbol. Como los miércoles eran la mayoría de los partidos, y ese mismo día se celebra la reunión de la Sección de lo Civil de la Comisión de Codificación, cuando íbamos a tomarnos la habitual cerveza, él comentaba: «vamos a tomarla rápidamente, que hoy tenemos trabajo».

Su espíritu de sacrificio era ejemplar. Para él no existían horas si se trataba de trabajar por el Colegio y los Registradores.

Como hombre de ciencia sólo brilló para algunos, porque Carlos habitualmente no publicaba las cosas que estudiaba, por su gran humildad. Pero en el Decanato existen carpetas enteras de trabajos suyos que nos siguen orientando.

Finalmente, Carlos fue un hombre bueno. Y lo digo así porque me parece que ésta es la alabanza que mejor se puede hacer de una persona.

Fue amigo de sus amigos y de los que no lo eran tanto. Su impronta se grabó de forma indeleble en el Cuerpo de Registradores.

Como representante de ese Cuerpo sólo puedo decir: «¡Gracias, Carlos!», y pedir una oración por su eterno descanso.

JOSÉ POVEDA DÍAZ
Decano del Colegio de Registradores